

Bx 874

L 69

C 37



1080015469

MEMO. SR. ARZOBISPO

DE GUADALAJARA

en la que se trata de la

de S. J. de

LEON XIII.



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



UANL FONDO EMETERIO VALVERDE Y T.

PEDRO LOZA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostolica, Arzobispo de Guadalupe.

A N. M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo Metropolitano, á los Sres. Párrocos y demas individuos del clero secular y regular, y á todos los fieles de esta nuestra Arquidiócesis; salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

UN asunto tan grato como interesante para todos los católicos, es el de la presente carta, que al regresar de la santa visita que hemos practicado en las parroquias del rumbo de occidente, tenemos el gusto de dirigiros. Se ha visto, no ha muchos dias, á toda la Iglesia santa, penetrada del más profundo dolor, cubierta de luto y de tristeza, y elevando al cielo sus lamentos y fervorosos sufragios en la muerte de uno de los más grandes y extraordinarios Pontífices que la han gobernado sobre la tierra; del augusto, santísimo y amabilísimo Pio IX, quien por espacio de mas de treinta y un años, cual no habia sucedido con ningun otro de los sucesores de San Pedro, la edificó y enalteció con

004471

sus heróicas virtudes, la ilustró y dirigió con su sabia doctrina, la defendió esforzadamente de sus enemigos; y en una época, quizá la más calamitosa para el mundo católico, por el conjunto monstruoso de errores y de excesos que, con los nombres de ciencia moderna, libertades y adelantos del siglo, lo han infestado, aquel incomparable Pontífice se interpuso, segun expresion de uno de los profetas sagrados [Ezech. XIII, 5.] como un muro por la casa de Israel, condenó solemnemente todos esos errores, atacó de frente los más autorizados excesos; y bien puede decirse que fué mártir de la verdad y la justicia. ¡Ah! ¡cómo no habia de ser general, extraordinario y profundo el dolor de todos los hijos de la Iglesia, cuando llegó á saberse de una manera indudable, que al fin, el día 7 del último Febrero, se habia cortado el hilo de tan preciosa vida!

Ni era solo esto lo que lamentaban; sino que temian además, y con mucho fundamento, que á la muerte de Su Santidad Pio IX, los enemigos de la Iglesia, que ya desde mucho ántes hacian alarde de sus amaños y detestables intenciones, frustrasen la eleccion de un nuevo Papa, ó promoviesen un cisma, cuyas consecuencias, hoy más que nunca, habrian sido funestísimas. Y no hay duda que, humanamente hablando, fácil les habria sido conseguirlo; porque, posesionados de Roma hace más de siete años, dueños enteramente de la fuerza, y apoyados, ó no contrariados al menos, de los demas poderes del mundo, tal parecia tener en sus

manos la suerte de la Iglesia Romana, y de consiguiente la del catolicismo.

Mas no, venerables hermanos y amados hijos, no debia ser así: la fé de los verdaderos católicos no vaciló en medio de estas consideraciones y temores; y las promesas de Jesucristo no faltaron, como nunca han faltado ni faltarán eternamente. A los trece dias de orfandad, Dios nos dió un digno sucesor del finado Pontífice; para cuya eleccion hubo tal prontitud y facilidad, tanta libertad y sociago de espíritu, tal uniformidad de votos en los Cardenales electores, que bien se ha conocido ser todo obra de Dios, cuyos consejos y designios nunca podrán ser contrariados por los hombres; y cuya asistencia á esta su Iglesia, fué asegurada expresamente por el que es la eterna Verdad y Sabiduría, cuando al despedirse de sus Apóstoles, les dijo: (Matth. XXVIII. 20.) "Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos."

Este sucesor del inmortal Pio IX y de San Pedro, que como ellos ha recibido la plenitud de potestad para gobernar y apacentar las ovejas que componen todo el rebaño del Pastor eterno Jesucristo, es nuestro Santísimo Padre el Sr. Leon XIII, quien en el dia santo de la Pascua se ha servido dirigir por primera vez su palabra á todos los Prelados del mundo católico, por medio de la siguiente Encíclica, que hemos traducido á nuestro propio idioma.

*“A todos los Venerables Hermanos Patriarcas, Primateados, Arzobispos y Obispos del mundo católico, que están en gracia y comunión con la Santa Sede Apostólica.*

“LEON PP. XIII.

“Venerables hermanos, salud y apostólica bendición —Apenas fuimos por inescrutable consejo de Dios, ensalzados, aunque sin merecerlo, á la suma dignidad apostólica, sentimos vivísimo deseo y casi necesidad de dirigirnos á vosotros, no solo para haceros patentes los sentimientos de nuestro íntimo afecto, sino tambien para cumplir el cargo que Nos estaba confiado por la Divinidad, de esforzaros á vosotros, que participais de nuestra solicitud á sostener, juntamente con Nos, la lucha diaria por la Iglesia y la salud de las almas.

“Porque desde los primeros dias de nuestro Pontificado, se Nos presenta á la vista el triste espectáculo de los males que por todas partes afligen al género humano; esta tan completa subversion de los principios, de los cuales, como fundamentos, ha surgido el órden social; la osadía de los ingenios intolerantes de toda legítima sujecion; el perenne fomento de las discordias, origen de intestinos conflictos y guerras crueles y sangrientas; el desprecio de todas las leyes de moral y de justicia; la insaciable codicia de bienes caducos y el desprecio de los eternos, llevado todo hasta el loco furor que conduce tan á menudo á muchos infelices á

darse la muerte; la impróvida administracion, la prodigalidad, la malversacion de los fondos públicos: así como la impudencia de aquellos que con engañadora perfidia quieren ser tenidos por defensores de la patria, de la libertad y de todo derecho, y aquel total malestar, en fin, que circula por las fibras más internas de la sociedad humana, la inquieta y amenaza á arrastrarla á una espantosa catástrofe.

“Nos, estamos convencidos de que estos males tienen su causa principal en el desprecio y olvido de esta santa y augusta autoridad de la Iglesia, que gobierna al género humano en nombre de Dios y que es la garantía y el apoyo de toda autoridad legítima.

“Esto lo han comprendido perfectamente los enemigos del órden público, y hé aquí por que han pensado que nada era más propio para minar los fundamentos sociales, que atacar tenazmente la Iglesia de Dios y hacerla odiosa y aborrecible, por medio de vergonzosas calumnias, representándola como enemiga de la verdadera civilizacion, debilitar su fuerza y su autoridad con heridas siempre nuevas, y abatir el sumo poder del Pontífice Romano, que es en la tierra el guardian y defensor de las reglas inmutables de lo bueno y de lo justo.

“De ahí, pues, han salido esas leyes que quebrantan la divina constitucion de la Iglesia católica, y cuya promulgacion tenemos que deplorar en la mayor parte de los países; de ahí proceden el

desprecio del poder episcopal, las trabas puestas al ejercicio del ministerio eclesiástico, la dispersion de las Ordenes religiosas, y la confiscacion y la venta en subasta de los bienes que servian para mantener á los ministros de la Iglesia y á los pobres; de ahí tambien el que las instituciones públicas consagradas á la caridad y á la beneficencia, se hayan sustraído á la saludable direccion de la Iglesia; de ahí, en fin, esa libertad desenfrenada y perversa de enseñarlo todo, y de publicarlo todo, cuando por el contrario, se viola y se oprime de todas maneras el derecho de la Iglesia de instruir y de educar á la juventud.

“Y esto tambien se ha tenido en cuenta al apoderarse del dominio temporal que la Divina Providencia habia concedido hacia largos siglos al Pontífice Romano, á fin de que pudiese usar libremente y sin trabas, para la eterna salvacion de los pueblos, del poder que Jesucristo le habia conferido.

“Nos, hemos querido recordar este funesto cúmulo de males, Venerables hermanos, no para aumentar en vosotros la tristeza que esta lamentable situacion de suyo os causa; sino para que os sea completamente conocido á qué gravísimo término han sido llevadas las cosas que deben ser objeto de nuestro ministerio y de nuestro celo, y con cuánto empeño debemos dedicarnos á defender y amparar con todas nuestras fuerzas á la Iglesia de Cristo y la dignidad de esta Sede Apostólica, atacada

especialmente en los actuales calamitosos tiempos, con indignas calumnias.

Es bien claro y evidente, venerables hermanos, que la causa de la civilizacion carece de fundamento sólido, si no se apoya sobre los principios eternos de la verdad y sobre las leyes inmutables del derecho y de la justicia, si un amor sincero no une las voluntades de los hombres, y no fija la distincion y los motivos de sus deberes recíprocos.

“Ahora bien: ¿Quién osará ponerlo en duda? ¿No es la Iglesia, la que al predicar el Evangelio entre las naciones, ha hecho brillar la luz de la verdad en medio de los pueblos salvajes, imbuidos en supersticiones vergonzosas, y la que los ha conducido al conocimiento del divino Autor de todas las cosas y al respeto de sí mismos? ¿No es la Iglesia la que haciendo desaparecer la calamidad de la esclavitud, ha vuelto á recordar á los hombres la dignidad de su nobilísima naturaleza?

“¿No es la Iglesia la que, al desplegar en todos los límites de la tierra el estandarte de la redencion, ha introducido ó protegido las ciencias y las artes, fundado, tomado bajo su amparo los institutos de caridad destinados al alivio de todas las miserias, y procurando la cultura del género humano en la sociedad y en la familia, lo ha sacado de la miseria y lo ha formado para un género de vida conforme á la dignidad y á los destinos de su naturaleza?

“¡Ah! si se compara la época en que vivimos, tan completamente hostil á la Religion y á la Iglesia de Jesucristo, con la de los tiempos afortunados en que la Iglesia se viera venerada como una madre, habrá al menos de reconocerse que esta época llena de perturbacion y ruinas, corre derecha al precipicio y que, al contrario, los tiempos en que más han florecido óptimas instituciones, la tranquilidad y la riqueza y prosperidad públicas han sido aquellos más sumisos al gobierno de la Iglesia, y los en que mejor se han observado sus leyes.

“Siendo, pues, claro, que los numerosísimos beneficios que acabamos de recordar, y que proceden del ministerio y benéfico influjo de la Iglesia, son obras gloriosas de la verdadera civilizacion, lo es igualmente que la Iglesia no la rechaza ni la aborrece, pues que con justo título se alaba de haber hecho con ella oficio de maestra, nodriza y madre.

“Bien al contrario, esa civilizacion que choca con las santas doctrinas y las leyes de la Iglesia, no es sino una falsa civilizacion, y debe considerársele como un nombre vano y sin realidad.

“De lo cual nos dan evidentes pruebas los pueblos que no han visto brillar la luz del Evangelio; se han podido á veces ver, en el curso de su vida el barniz de la civilizacion, mas ninguno de los sólidos y verdaderos bienes de la civilizacion, ha podido arraigarse y florecer en ellos.

“No: no es un progreso de la vida civil el que se reduce al desprecio procaz de todo poder que sea

legítimo: no, no es una libertad lo que lleva tras sí como apéndice de vergüenzas é ignominias, la propaganda desenfrenada de errores, el libre goce de perversas concupiscencias, la impunidad de crímenes y maldades, la opresion de los buenos ciudadanos, cualquiera que sea la clase á que pertenecen.

“Tales principios son falsos, erróneos, perniciosos; en ellos no se halla seguramente la fuerza de perfeccionar la naturaleza humana, porque *el pecado hace á los hombres miserables*. [Prov. XIV. 34.] Y sucede, y esto es absolutamente inevitable, que despues de haber corrompido las inteligencias y los corazones, esos principios, por su propia gravitacion, precipitan á los pueblos en un piélago de desgracias, conculcan el órden legítimo, y de esa suerte, más pronto ó más tarde, traen la pérdida total de los poderes y de la pública tranquilidad.

“Si se contemplan de otra parte las obras del Pontificado romano, ¿puede haber nada más inicuo que la negacion de que á los Pontífices Romanos sea deudora la sociedad civil, de los más nobles esfuerzos y de los más grandes sacrificios? Ciertamente, nuestros predecesores, ansiando asegurar el bien de los pueblos, no titubearon en emprender distintas luchas, resistir grandes trabajos, afrontar peligros, dificultades, y puestos los ojos en el cielo, sin inclinar jamas la frente ante la amenaza de los impíos, no quisieron faltar bajamente á su mision, por adulaciones ó promesas.

“Esta Sede Apostólica fué quien recogió y cimentó los restos de la antigua sociedad; ella fué el luminar que hizo restablecer la civilización de los tiempos cristianos: ella fué el áncora de salvación entre las fieras tempestades que ha sufrido el linaje humano; el vínculo sagrado de concordia que unió unas con otras á las naciones lejanas entre sí, y de tan diversas costumbres; el centro común, finalmente, de la religión y de la fé, como de la acción y de la paz. ¡Qué gloria para los Pontífices Máximos, la de haberse opuesto constantemente como baluarte inquebrantable, para que la sociedad no volviera á caer en la antigua superstición y barbarie!

¡Oh, si esta tan saludable autoridad nunca hubiera sido tenida tan en poco y rechazada! De seguro el principado civil no hubiera perdido aquel carácter sagrado y sublime que la religión le había impreso, único que hace racional y noble la sumisión, no hubieran estallado tantas sediciones y tantas guerras, para llenar la tierra de calamidades y estragos, ni los reinos en otros tiempos tan florecientes, hubieran caído del sumo de la grandeza al abismo, bajo el peso de toda clase de desventuras. De esto son ejemplo los pueblos del Oriente: rotos los suaves vínculos que los unían á la Sede Apostólica, vieron eclipsarse el esplendor de su antigua grandeza, desapareciendo el honor de las ciencias y de las artes y la dignidad del imperio.

“Los insignes beneficios que se derivaron de la

Sede Apostólica á todas las partes de la tierra, como se manifiesta por ilustres monumentos de todas las edades, se dejaron sentir especialmente en la nación italiana, la cual, por estar mas cercana á ella, ha recogido mas ubérrimos frutos. Sí, Italia en gran parte es deudora á los Romanos Pontífices de su verdadera gloria y grandeza, de su verdadera elevación sobre las demas naciones. Su autoridad y protección paterna la han protegido varias veces contra los ataques de sus enemigos, y de ellos ha recibido ayuda y socorros necesarios para que la fé católica fuése siempre íntegramente conservada en los corazones de los italianos.

“Apelamos especialmente, para no ocuparnos de otros, á los tiempos de San Leon Magno, Alejandro III, Inocencio III, San Pio V, de Leon X y de otros Pontífices, en los cuales, por obra y protección de aquellos varones, Italia se libró de la suprema ruina con que la amenazaban los bárbaros, salvó su antigua fé y entre las tinieblas y la miseria de la decadencia universal, nutrió y conservó vivo el fuego de las ciencias y el esplendor de las artes. Apelamos á nuestra alma ciudad, Sede del Pontificado, la cual les dió la singularísima ventaja de llegar á ser no solo la roca inexpugnable de la fé, sino tambien asilo de las bellas artes, morada de la sabiduría y envidia del mundo.

Por el esplendor de tales hechos, consignados en públicos é imperecederos monumentos, es fácil reconocer que solo por aversión y por indigna calumnia, á fin de engañar á las muchedumbres.